

HOMILÍA BAUTISMO DEL SEÑOR

La Palabra del Señor siempre es palabra viva. La Palabra anunciada y proclamada por la Iglesia es Cristo mismo, que se nos acerca, ilumina nuestra vida y nos introduce en el Misterio de Dios que es Misterio de Salvación.

Hoy nos muestra el evangelio el bautismo de Jesús en el Jordán. El bautismo nos revela el misterio de Jesús: quien es Jesús; y cual es su misión. Jesús fue bautizado por Juan en el Jordán “por nosotros y por nuestra salvación”. ¿Qué quiere el evangelista Marcos decirnos al narrar este hecho?

Evidentemente Jesús no se bautiza porque tuviera pecados o porque necesitara convertirse. Jesús es el Hijo del Dios Altísimo. En Jesús no hay sombra de pecado. Si Jesús se bautiza es por nosotros. Su bautismo es en relación con nosotros. Y ¿qué quiere revelarnos?

Nos revela, en primer lugar, que Jesús asume plenamente la realidad humana. Nos revela el realismo de la Encarnación. Aunque en Él no hay pecado, vive y sufre en su propia carne las consecuencias del pecado. Jesús se pone en la cola de los pecadores y “entrando en el agua Jordán” entra en el abismo de sufrimiento, fragilidad y oscuridad que es el ser mismo del hombre. El “agua” en la Biblia es presentada muchas veces como símbolo de muerte y de destrucción.

Pero Jesús “sale del agua”. Lo recalca el evangelista: “saliendo del agua”. Es decir, saliendo como hombre de ese abismo de oscuridad y de muerte el cielo se abrió y le llenó de su luz el Espíritu Santo: “Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y el Espíritu bajar sobre Él como una paloma. Y se oyó una voz del cielo que decía: este es mi Hijo, el preferido”

Jesús como hombre “sale del agua”, sale del abismo. Jesús se salva de la destrucción:

- como se salvó el arca de Noe de las aguas torrenciales;
- como se salvó Moisés de las aguas del Nilo
- como se salvó Israel de las aguas del mar Rojo.

Jesús, el nuevo Moisés, el Mesías, salió de las aguas de la muerte, salvó de la destrucción, para salvarnos a todos con Él. Realmente ese “entrar en las aguas del Jordán para salir después lleno del Espíritu Santo, está ya anticipando el misterio de su muerte en cruz y de su resurrección gloriosa.

Jesús, saliendo del abismo, recibe, en su humanidad, como primogénito de la nueva humanidad, la efusión del Espíritu Santo. Es el hombre ungido por el Espíritu Santo: “Sobre Él he puesto mi Espíritu para que traiga el derecho a las naciones (...) para abrir lo ojos a los ciegos, sacar a los cautivos de las prisiones y de las mazmorras a los que habitan en las tinieblas”

Este Jesús, saliendo del agua, ungido por el Espíritu, derrama sobre nosotros su Espíritu en la resurrección. Y ese Espíritu del Resucitado se nos da en el bautismo: “ Habéis sido sepultados con Él en el bautismo y en Él también habéis resucitado por la fe. A vosotros que estabais muertos hoy os ha dado la vida y os ha perdonado los pecados” (Col. 2,12)

El bautismo de Jesús nos revela nuestro propio bautismo, que ya no es el de Juan, sino el de Cristo. Hoy es un día para descubrir y meditar lo que significa “estar injertados en Cristo por el bautismo”. Es verdad que estamos sumergidos en ese abismo oscuro, misterioso y muchas veces duro y desconcertante de nuestra condición humana. Vivimos sumergido en esas “aguas” destructoras de nuestra naturaleza mortal y de nuestro ser pecador. Pero hemos sido salvados, unidos a Cristo por el bautismo, de esa aguas destructoras. Unidos a Cristo, el Ungido por el Espíritu Santo, hemos pasado de las tinieblas a la luz. “Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido (...) Nos ha hecho capaces de compartir la herencia del Pueblo Santo en la luz, porque en Él quiso Dios que residiera toda la plenitud de la divinidad” (Col.1,12-20)

Hoy es un día para afianzar nuestra vocación bautismal. Vocación de esperanza porque en Cristo hemos sido salvados. Vocación de amor y servicio a los hombres encaminándoles hacia Aquel que es el Único que puede salvar